

**XCVIII.**  
**AMADO Y ABORRECIDO.**

**PERSONAS.**

<p>DANTE } AURELIO } <i>galanes.</i> LIDORO } El REY DE CHIPRE. MALANDRIN, gracioso.</p>	<p>AMINTA, hermana del Rey. IRENE, Infanta de Egnido. FLORA } NISE } <i>damas.</i> LAURA }</p>	<p>CLORI, dama. La Diosa DIANA. La Diosa VÉNUS. Coros de Música. Acompañamiento.</p>
--	--	--

**JORNADA I.**

*Salen por una parte DANTE, y por otra AURELIO.*

*Aur.* Dónde queda el Rey?  
*Dant.* Detras

Desos ribazos le dejo,  
En el alcance empeñado  
De un jabalí, cuyo riesgo  
Veloz Aminta su hermana  
Sigue también.

*Aur.* Según eso  
Ocasión será de que  
Concluyamos nuestro duelo,  
Con la novedad, que está  
Citado.

*Dant.* Para ese efecto  
Esperando estaba á vista  
Deste edificio soberbio.

*Aur.* Pues llegad; solos estamos.

*Dant.* ¡Ha del soberano centro,  
Donde aprisionada vive

Toda la region del fuego!

*Aur.* ¡Ha de la divina esfera  
Del sol mas hermoso y bello,  
Que, á pesar de opuestas nubes,  
Abraza con sus reflejos!

*Dant.* ¡Ha del alcázar de amor!

*Aur.* ¡Ha del abismo de zelos!

*Dant.* ¡Patria de la ingratitud!

*Aur.* ¡Monarquía del desprecio!

*Los dos.* Ha de la torre!

*En lo alto salen NISE y FLORA.*

*Las dos.* ¿Quién llama.....

*Nise.* Tan sin temor,.....

*Flor.* Tan sin miedo.....

Á estos umbrales?

*Dant.* Decid

Á vuestro divino dueño,.....

*Aur.* Decid á la soberana  
Deidad dese humano templo,.....

*Dant.* Que á ese mirador se ponga.

*Aur.* Que salga á esa almena.

*Sale en lo alto IRENE.*

*Iren.* Cielos!

¿Quién para tanta osadía

Ha tenido atrevimiento?

¿Quién aquí da voces?

*Los dos.* Yo.

*Iren.* Ya con dos causas, no menos  
Que antes, extrañé el oíros,  
Habré de extrañar el veros;  
No tanto, porque del Rey  
Atropelleis los decretos,  
No tanto porque de mí  
Aventuréis el respeto,  
Rompiendo el coto á la línea  
De mi espíritu soberbio,  
Cuanto porque acrisoleis  
La ingratitud de mi pecho,  
Que á par de los Dioses juzga  
Lograr mármoles eternos.

Si de por sí cada uno,  
Aun en callados afectos,  
Que apenas á estos umbrales  
Llegaron, cuando volvieron  
Castigados y no oídos,  
Examinó mis desprecios,  
¿Qué hará, unido de los dos,  
Ahora el atrevimiento?  
¿Qué pretendéis? ¿Qué intentais?  
¿Y con qué efecto, en efecto,  
Llegais aquí? ¿Para qué  
Me dais voces?

*Los dos.* Para esto.

*[Sacan las espadas.]*

*Aur.* Que si de ambos ofendida  
Estás, ambos pretendemos,  
Con librarte de una ofensa,  
Ganar un merecimiento.

*Dant.* Y porque de su valor  
Quede el otro satisfecho,  
Queremos, que seas testigo  
Tú misma de nuestro esfuerzo.

*Aur.* Ya partido el sol está,  
Pues el sol nos está viendo.

*Dant.* Yo, porque no esté partido,  
Lidiaré, por verle entero.

*Iren.* Tened, tened las espadas;  
Templad los rayos de acero;

[*Riñen.*]

Mirad, que aun el vencedor  
La esgrime contra sí mismo,  
Pues no es menor el peligro  
De vivir, que quedar muerto.

*Aur.* Qué valor!

[*Riñen.*]

*Dant.* Qué bazarria!  
*Iren.* Llamad quien de tanto empeño  
El riesgo excuse.

*Nise.* Ha del monte!

*Flor.* ¡Cazadores y monteros

Del Rey!

*Voz [dent.]* De la torre llaman.

Acudid, acudid presto.

*Aur.* ¡Que no acabe con tu vida!

*Dant.* Que dures tanto!

*Salen el REY y gente.*

*Rey.* Qué es esto?

*Los dos.* Nada, señor.

[*Envainan.*]

*Iren.* Las almenas

[*aparte.*]

Dejaré. Y pues al Rey tengo

Tan cerca de mí, han de hablarle

Claros hoy mis sentimientos.

[*Vase.*]

*Rey.* Qué es esto? digo otra vez;

Y no ya porque pretendo,

Que afectado el disimulo,

Desvelar quiera el intento,

Sino porque ya empeñado

Estoy en que he de saberlo.

¿Qué es esto, Dante?

*Dant.* Señor,

No lo sé.

*Rey.* Qué es esto, Aurelio?

*Aur.* Tampoco sabré decirlo.

*Rey.* ¡O qué recato tan necio,

Y tan fuera de que llegue

Á conseguirse! Y supuesto

Que lo he de saber, mirad,

Que casi toca el silencio

En especie de traicion.

*Dant.* Á esa fuerza,.....

*Aur.* Á ese precepto,.....

*Dant.* La causa, señor,.....

*Aur.* La causa.....

*Rey.* Decid.

*Dant.* Es amor.

*Aur.* Son zelos.

*Rey.* Aunque zelos y amor sea

Respuesta bastante, puesto

Que ellos son de acciones tales

Culpa disculpada, quiero

Mas por extenso informarme

De la causa; porque siendo,

Como sois, en paz y en guerra

Los dos polos de mi imperio,

Con quien igual he partido

La gravedad de su peso,

Valeroso tú en las armas, [*á Dante.*]

Político tú al gobierno, [*á Aurelio.*]

No es justo, habiendo llegado

Yo, dejar pendiente el duelo

Para otra ocasión; y así

He de informarme, primero

Que le ajuste, de la causa

Que tenéis.

*Dant.* Yo fio de Aurelio

Tanto, señor, porque al fin,

Sobre ser quien es, le tengo

Por competidor, y mal,

Sin ser noble, podia serlo;

Que lo que él diga será

La verdad; y así te ruego

La oigas dél, pues cuando no

Estuviera satisfecho

De su valor y su sangre,  
Por no decirla yo, pienso,  
Que me dejara vencer,  
Aun en lo dudoso, á precio  
De que mi voz no rompiera  
Las cárceles del silencio.

*Aur.* Cuando no me diera Dante

Licencia de hablar primero,

La pidiera yo; porque

Tan obediente al precepto

De tu voz estoy, que al ver,

Que tú gustas de saberlo,

Aunque es mi afecto tan noble

Como el suyo, hiciera menos

En callarlo, que en decirlo.

Y es fácil el argumento;

Pues en materias de amor

Siempre calla un caballero,

Y no siempre un Rey pregunta.

*Dant.* Dices bien, y yo me alegro,

Que en callar y hablar los dos

Tan de un parecer estemos,

Que, hablando tú, y yo callando,

Quedemos los dos bien puestos.

*Aur.* Un día, señor,.....

*Salen AMINTA y Damas.*

*Amin.* Hermano,

¿Qué es la causa, que te ha hecho

Dejar la caza, y venir

Otra novedad siguiendo?

*Rey.* De Aurelio, Aminta, lo oirás,

Pues que llegas á buen tiempo.

*Dant.* No llega sino á bien malo.

*Rey.* Prosigue pues.

*Aur.* Oye atento.

Un día, señor, que á caza

Saliste á este sitio ameno,

Y yo contigo, llamado

De la ladra de sabuesos

Y ventores, que lidiaban

Con un jabalí en lo espeso

Del monte, dí de los pies

Á un veloz caballo, á tiempo

Que impacientes dos lebreles,

Por llegar á socorrerlos,

Antes que de la trailla

Les diese suelta el montero,

Le arrastraban por las breñas,

De suerte libres y presos,

Que, con cadena y sin tino,

Iban atados y sueltos.

Pasaron por donde estaba,

Y enredándose ligeros

Entre los pies del caballo,

Desatentado y soberbio

Con ellos lidió, hasta que,

Mal desenlazado dellos,

El eslabon á un collar

Rompió, y la obediencia al freno,

Tal, que de una en otra peña,

Sin darse á partido al tiento

De la rienda, disparó,

Hasta que chocando ciego

Con lo espeso de unas jaras,

Perdió, con el contratiempo,

Tierra tan dichosamente,

Que él embazado, y yo atento,

Desamparamos iguales,

Yo la silla, y él el dueño.

Aquí, al cobrarle la rienda,

Se enarboló en dos pies puesto,

Y llevándome tras sí,

Partimos los elementos,

Pues el mar de mi sudor,  
Y de su cólera el fuego,  
Dejándome con la tierra,  
Le vieron ir con el viento.  
Solo y á pie en la espesura,  
Ni bien vivo, ni bien muerto,  
Sin saber donde, quedé.  
Preguntárame, á qué efecto,  
Hablándome tú en mi amor,  
Te respondo yo en mi riesgo?  
Pues escucha; que no acaso  
Te he contado todo esto;  
Porque, hallándome, según  
Dirá despues el suceso,  
Dentro del vedado coto,  
Que tienes, gran señor, puesto  
Á la libertad de Irene,  
Fue justo decir primero  
La disculpa, con que yo  
Romperle pude, supuesto  
Que fue por culpa de un bruto;  
Que no pudieran con menos  
Violento acaso quebrar  
Mis lealtades tus preceptos.  
Solo y á pie, como he dicho,  
Sin norte, sin guía, sin tiento,  
Me hallé en la inculca maleza,  
Las vagas huellas siguiendo  
De las fieras, que perdidas  
Tal vez, tal cobradas, dieron  
Conmigo en la verde márgen  
De un cristalino arroyuelo,  
Que del monte despeñado  
Descansaba en un pequeño  
Remanso, y para correr  
Paraba á tomar esfuerzo.  
¡O cómo sin eleccion  
Del humano entendimiento  
Sabe mostrarse el peligro,  
Sabe sucederse el riesgo!  
Dígame yo; pues llevado  
De mí sin mí, discurrendo  
Al arbitrio del destino,  
Que homicida de sí mismo,  
Sin saber donde guía, sabe  
Donde está el peligro, haciendo  
De las señas del escollo  
Seguridades del puerto,  
Me ví, cuando juzgué á vista  
De los descansos, oyendo  
De no sé qué humana voz  
Los mal distintos acentos,  
Y tan lejos del alivio,  
Que áspid engañoso el eco,  
En las lisonjas del aire  
Escondia su veneno.  
Estaba en la verde esfera  
Del mas intrincado seno,  
Tejido coro de ninfas,  
Como guardándola el sueño  
Á una deidad, recostada  
En el apacible lecho,  
Que de flores, yerba y rosa  
Estaba el aura mullendo.  
No te quiero encarecer  
Su perfeccion; solo quiero,  
Para disculpa, que sepas,  
Que ví y amé tan á un tiempo,  
Que entre dos cosas no pude  
Distinguir cual fue primero;  
Pues juzgo, que volví amando,  
Aun antes de llegar viendo.  
Apenas entre las ramas  
El templado ruido oyeron

De las hojas, que movia  
La inquietud de mi silencio,  
Cuando todas asustadas  
Por las malezas huyeron  
Del monte. Quise seguir las,  
Mas no pude; que resuelto  
Delante un guarda me puso  
El arcabuz en el pecho,  
Diciéndome, que me diese  
Á prision, por haber hecho  
Contra las órdenes tuyas  
Tan notable atrevimiento,  
Como haber roto la línea  
De aqese vedado cerco.  
Dije quien era, y la causa,  
Á cuya disculpa atento,  
Disimulando conmigo,  
Guió mis pasos, diciendo  
Lo que yo le dije á Dante  
Despues, de cuyo secreto  
Vino á originarse en ambos  
La ocasion de nuestro duelo,  
Que fue, que aquel bello asombro,  
Aquel hermoso portento,  
Era Irene.

*Rey.* Calla, calla,  
No prosigas; que no quiero  
Saber, que traidor tu engaño  
Adora lo que aborrezco.  
Muger, enemiga mia,  
Sangre aleve de quien..... ¿Pero  
Á mí puede destemplarme  
Tanto ningun sentimiento? —  
¿Es ella, Dante, tambien  
La que tú adoras?

*Dant.* Supuesto  
Que yo el secreto no he dicho,  
Poco importa del secreto  
Que diga la circunstancia.  
Sí, señor; pero advirtiéndome,  
Perdone Aminta. [*aparte.*]

*Amin.* Ay de mí! [*aparte.*]

*Dant.* Qué escucho?  
Que fue primero.....

*Amin.* Ha ingrato amante! [*aparte.*]

*Dant.* Mi amor.....

*Rey.* Qué?

*Dant.* Que tu aborrecimiento.

*Rey.* Primero tu amor? Prosigue.  
De qué suerte?

*Dant.* Escucha atento;

Lo que por mayor supiste,  
Sabrás por menor; que temo,  
Por obligar lo que adoro,  
Enojarse lo que aborrezco.

*Amin.* ¡O quiera amor, que yo pueda [*aparte.*]  
Reprimir mis sentimientos!

*Dant.* Lidogenes, Rey de Egnido,  
Tributario del imperio  
De Chipre, que largos años  
Te deje gozar el cielo,  
En campaña contra tí  
Puso sus armas, diciendo  
Que no habia de pagarte  
Aquel heredado feudo,  
Que á tu corona tributan  
Los avasallados reinos,  
Que el Archipiélago baña,  
Porque el de Egnido era esento,  
Á causa de no sé qué  
Mal honestados pretextos,  
Que no me toca argüirlos,  
Aunque me tocó vencerlos.  
Tú indignado preveniste

Tus armadas huestes, siendo  
Yo su General, á quien  
Honraron con este puesto  
Siempre, señor, tus favores  
Mas, que mis merecimientos.  
Con ellas pues salí en busca  
De tu enemigo; y supuesto  
Que sabes, que le vencí,  
Solo en esta parte quiero,  
Por lo que al suceso toca,  
Eslabonar el suceso.  
Y así diré solamente,  
Que aquel día, en que ví puesto  
De la fortuna al arbitrio  
Todo el poder de tu imperio,  
Fausto para mí é infausto  
Fue, pues me ví á un mismo tiempo  
Ser vencedor y vencido,  
Cuando en fuga el campo puesto  
De Lidogenes, que iba  
Desbaratado y deshecho,  
Entre el bélico aparato  
De tanto marcial estruendo,  
Tanto militar asombro,  
Reconocí un caballero,  
Que á todos sobresalia,  
Por ser su arnes un espejo,  
En quien se miraba el sol,  
Que, blandiendo herrado el fresno,  
La sobrevista calada,  
En un bruto tan ligero,  
Que pareció que volaba  
Con las plumas de su dueño,  
De las desmandadas tropas,  
Que iban por el campo huyendo,  
El desórden reducía,  
Valiente, animoso y diestro,  
Solicitando rehacerlas,  
Para empeñarlas de nuevo,  
Por ver, si así mejoraba  
De fortuna en el reencuentro.  
Puse en él los ojos, y él,  
Adivinando mi intento,  
Que á veces el corazón  
Habla de parte de adentro,  
Saliéndome al paso, hizo  
Eleccion de mejor puesto,  
Ocupando de un ribazo  
La loma, cuyo terreno,  
Algo pendiente, le hacía  
Ventajoso, donde habiendo  
Proporcionado á su juicio  
La distancia del encuentro,  
Pasó de la cuja al ristre  
La lanza con tal denuedo,  
Que hecho á la mano el caballo,  
Sin esperar el acuerdo  
De la espuela, para mí  
Partió tan galan, tan diestro,  
Que diera miedo á cualquiera  
Que hubiera de tener miedo.  
Yo, que sobre el mismo aviso  
Estaba, habiendo primero  
Reparado mi caballo,  
Por ganarle algun aliento,  
Al verle partir, partí  
Tan igual con él, que entiendo,  
Que á haber medio entre los dos,  
El choque dijera el medio.  
Entre habero y gola  
El asta me rompió, á tiempo  
Que yo de la gola arriba  
La mia rompí, subiendo  
En átomos, no en astillas,

Tan altos entrambos fresnos,  
Que de la region del aire  
Pasándose á la del fuego,  
Por encenderse, tardaron  
En caer, ó no cayeron.  
Mal afirmado en la silla  
Quedó un rato, porque haciendo  
En las grabazones presa  
El trozo último del cuento,  
Se llevó con el penacho,  
Falseando el tornillo al yelmo,  
La sobrevista tras sí:  
De manera, que, volviendo  
Á recobrar en el torno,  
Empuñado el blanco acero,  
Á buscarme y á buscarle,  
Le ví el rostro descubierto,  
En cuya rara hermosura,  
En cuyo semblante bello,  
Suspendido y admirado,  
Juzgué, que, Adónis con zelos  
De Marte, pretendia dar  
Satisfacciones á Vénus  
De que lo hermoso no solo  
Es en las cortes soberbio.  
Embistióme pues segunda  
Vez, en cuyo trance creo,  
Que quedara victorioso,  
Segun yo estaba suspenso,  
Si, tropezando el caballo,  
(Quizá fue en mi pensamiento,  
Pues yo se le eché delante)  
Con él no diera en el suelo;  
De cuyo acaso gozando,  
Me hallé vencedor en duelo  
Tan dudoso, que quedamos  
Uno de otro prisionero,  
Él de mi esfuerzo, mas yo  
De su hermosura y su esfuerzo.  
Retiráronle á mi tienda,  
Y fui el alcance siguiendo,  
Hasta que, ya coronado  
De despojos y trofeos,  
Canté la victoria, y mas,  
Cuanto á mis reales volviendo  
Supe al entrar en mi tienda,  
Que el hermoso prisionero,  
Que en ella estaba, era.....

*Salen IRENE, CLORI y LAURA.*

*Iren.* Yo;  
Que llegar, señor, no temo  
Á tus pies, gozando desta  
Ocasión, que hoy me da el cielo,  
Porque sé, que en tus enojos  
Nada aventuro, supuesto  
Que no aventuro la vida,  
Porque es la que yo no tengo.  
Y así, pues he de morir  
Sepultada en mi silencio,  
Muera anegada en mi llanto;  
Y débete por lo menos  
En albricias de mi muerte  
El estarme un rato atento.  
Hija soy de Lidogenes de Egnido,  
Isla del Archipiélago, que ufana,  
Como esta á Vénus consagrada ha sido,  
Aquella consagrada fue á Diana;  
De cuyo opuesto rito ha procedido  
Entre las dos la enemistad tirana,  
Que las mantiene en iras y rencores,  
Hija de olvidos una, otra de amores.  
Á aquesta causa aborrecidos creo,  
Que siempre unos isleños de otros fuimos;

Y así no hay que buscarle nuevo empleo  
 Á nuestra enemistad, pues siempre vimos,  
 Que, opuesto el culto, opuesto está el deseo;  
 Con que unos y otros al nacer hicimos  
 Callados homenajes en la cuna  
 De aborrecer nuestra mejor fortuna.  
 Este pues heredado horror, que vario  
 El tiempo no borró de la memoria,  
 Engendró en nuestra gente el temerario  
 Pretexto de negarte aquella gloria,  
 De que su Rey te fuese tributario;  
 Y aunque declare el cielo la victoria  
 En tu favor, nos queda por consuelo  
 Creer, que tuvo otro motivo el cielo.  
 Pues no siempre sus orbes celestiales,  
 No siempre sus luceros, sus estrellas,  
 Árbitros de los bienes y los males,  
 Lo mejor distribuyen, que hay en ellas;  
 Porque importa tal vez, que desiguales  
 Los Dioses oigan mal nuestras querellas,  
 Y siendo su instrumento el enemigo,  
 Injusticia parezca el que es castigo.  
 Y así, dejando aparte, que tuviese  
 Otra razón mi padre, pues ninguna  
 Es mayor, que pensar, cuanto le pese  
 Ver mejorada en algo tu fortuna,  
 Voy (ó ya fuese justa, ó no lo fuese,  
 La guerra) á si hay alguna ley, alguna  
 Razón, para que, siendo prisionera,  
 En una torre emparedada muera.  
 Si yo en los ejercicios de Diana,  
 Por ser á su Deidad mas parecida,  
 Tan altiva nací, viví tan vana,  
 Que, siendo de las fieras homicida,  
 Quise llegar con ambición ufana,  
 Quise pasar con fama esclarecida  
 Á serlo de los hombres, porque vieras  
 Cuanto son para mí los hombres fieras.  
 Á cuyo efecto vine gobernando  
 Del ejército el trozo, que postrero  
 Se puso en fuga, (ay infelice!) cuando  
 Contra mí el hado articuló severo  
 La infausta voz, que el enemigo bando  
 Victoria apellidó; y por eso infiero,  
 Que rigor á rigor añadir miras,  
 Crueldad á crueldad, iras á iras.  
 ¿De cuándo acá en los Reyes ha durado  
 Desde un día rencor para otro día?  
 ¿De cuándo acá la indignación del hado,  
 Fiera al vencer, no es en venciendo pia?  
 Si mi valor te puso en tal cuidado,  
 Mi valor es también el que debía  
 Ponerte en el de honrarme, pues ha sido  
 Gloria del vencedor la del vencido.  
 Y ya que esta razón en tí no alcanza  
 Piedad, por tantas causas merecida,  
 Acaba de una vez con tu venganza,  
 De una vez, no de tantas se despida;  
 Porque de aquestos pies, sin esperanza  
 De mi muerte, no digo de mi vida,  
 No me he de levantar, donde en despojos  
 Las lágrimas consagro de mis ojos.  
 Y porque afable esa deidad humana  
 Responda al sacrificio, que la adora,  
 No soy de armadas huestes capitana,  
 No Infanta soy de Egnido vencedora,  
 No soy sacerdotisa de Diana,  
 Pues solo soy una muger, que llora,  
 Tan modesta en pedir, que aun desta suerte  
 No pido mas de que me des la muerte.  
 Rey. Levanta, Irene, del suelo;  
 Y pues en público acusas  
 Mi magestad de tirana,  
 Para que serlo no arguyan,

Ni tú, ni cuantos oyeron  
 Las hermosas quejas tuyas,  
 Aunque lo sienta, he de darte  
 En público la disculpa.  
 El día que tuve aviso  
 De aquella batalla, en cuya  
 Victoria estribó el honor  
 De mi Magestad augusta,  
 Hice sacrificio á Vénus,  
 Cuya hermosa Deidad suma,  
 Tutelar de Chipre, siempre  
 Velando está en guarda suya.  
 Ella, al tiempo que sus aras  
 Religioso fuego ahuma,  
 Á mi culto agradecida,  
 Por su oráculo articula,  
 Que vencerían mis armas;  
 Pero tan á costa suya,  
 Que el mejor despojo dellas  
 Sería..... [Dentro ruido grande.]

Dentro LIDORO.

Lid. Asombros y furias  
 Nos combaten.  
 Uno [dent.] Iza!  
 Otro. Amaina!  
 Otro. Qué pena!  
 Otro. Qué ansia!  
 Otro. Qué angustia!  
 Lid. Piedad, Dioses!  
 Todos. Piedad, cielos!  
 Rey. Cuanto iba á decir, pronuncia  
 Por mí el aire, pues en quejas  
 La voz á mis labios hurta.  
 Iren. No, señor, en los acasos  
 El constante varón funda  
 Agüeros; lamentos son,  
 Cuantos hoy tu acento usurpan,  
 De un derrotado bajel,  
 Que sin norte y sin aguja,  
 Antes de tomar el puerto,  
 Está corriendo fortuna.  
 Amin. Es verdad, pues contrastado  
 De dos violentas injurias,  
 Con los vientos y las ondas  
 Á brazo partido lucha.  
 Nise. Ya de ambas sañas movido,  
 No sabe á qué parte sulca.  
 Flor. Embates de mar y tierra  
 Le zozobran y le asustan.  
 Aur. Y tanto, que desbocado  
 Choca con las peñas duras.  
 Dant. En ellas cascado el pino,  
 Su todo en partes menudas  
 Desata, de suerte, que  
 Ya el que fue bajel es tumba.  
 Lid. [dent.] Piedad, Diana!

Dentro DIANA.

Dian. Á mí siempre  
 Me fue contraria la espuma,  
 Que es de la Deidad de Vénus  
 Primer patria y primer cuna.  
 Lid. Piedad, Vénus!

Dentro VÉNUS.

Ven. No hay piedad  
 Con quien estos puertos busca,  
 En sus entrañas trayendo  
 Tan grande traición oculta.  
 Tod. [dent.] Piedad, Dioses! Piedad, cielos!  
 Iren. Qué pena!  
 Amin. Qué ansia!  
 Tod. Qué angustia!

Rey. Esperad aquí las dos,  
 Siendo paréntesis una  
 Desdicha de otra, entre tanto  
 Que hoy el primero yo acuda  
 Á socorrer en la orilla  
 Los que náufragos fluctúan. [Vase.]  
 Dant. Ociosa piedad será,  
 Que hidrópica la sañuda  
 Sed del mar, ni aun un fragmento  
 Arroja á tierra. [Vase.]  
 Aur. En cerúleas  
 Bóvedas el mar dió á todos  
 Pira, monumento y urna. [Vase.]  
 Iren. Aunque la piedad, Aminta,  
 No es prenda de la hermosura,  
 Puesto que en humano pecho  
 Nadie las vió vivir juntas,  
 La desta mísera ruina  
 Será bien que aquí reduzca  
 Á tus pies, (bien que á pesar  
 De mi altivez) mi fortuna  
 Te suplica, que intercedas  
 Con tu hermano, que concluya  
 Con mi vida, dando fin  
 Á una prision tan injusta.  
 Amin. Los motivos de mi hermano,  
 Que estorbó esa desventura  
 Decir, hasta ahora nadie  
 Sabe; pero está segura,  
 Que, si estuviera en mi mano  
 Tu libertad, es sin duda,  
 Que desde un instante acá,  
 Según el verte me angustia,  
 Estuvieras ya, no digo,  
 Irene, en la patria tuya,  
 Pero aun donde no pudieras  
 Volver á estas islas nunca.  
 Iren. De tu generosa sangre  
 Lo creo, y está segura  
 Tú también, que, cuando no  
 Fuera felicidad suma  
 La libertad, por no verme  
 Donde atrevido presume  
 Dante halagar con finezas  
 Los ceños de mis injurias,  
 Lo estimara.  
 Amin. ¿Segun eso  
 Verte amada te disgusta  
 De Dante?  
 Iren. Y tanto,.....  
 Amin. Alma, albricias! [ap.]  
 Iren. Que el incendio de mi furia  
 No ha de apagarse, hasta que  
 Sea con la sangre suya.  
 Amin. Primero con su poder [aparte.]  
 Todo el cielo te destruya.  
 Iren. Qué dices?  
 Amin. Nada. — ¡Ay amor, [aparte.]  
 Siempre mi pesar procuras,  
 Primero por si le amaba,  
 Y ahora porque le injuria!  
 Salen el REY, DANTE y AURELIO.  
 Rey. No se ha visto igual estrago;  
 Apenas la saña bruta  
 Dese monstruo dió á la arena,  
 Ni aun la saña mas menuda  
 De su naufragio.  
 Amin. Pues ya  
 Que, como dices, es una  
 Pena paréntesis de otra,  
 No venzan ambas, y suplan  
 Noticias de la primera,  
 Lágrimas de la segunda.

Rey. Dices bien; y así mi voz  
 En lo que empezó discurra,  
 Diciendo, que al tiempo que  
 Religioso fuego ahuma  
 (Aquí quedamos) las aras  
 De Vénus, su voz pronuncia,  
 Que vencerían mis armas;  
 Pero tan á costa suya,  
 Que trocaría el despojo  
 En desdicha la ventura.  
 Veniste tú prisionera,  
 Y viendo, cuanto se aunan  
 Vaticinios, que amenazan  
 Ruinas, tragedias é injurias,  
 Con bellezas, que aun despues  
 De verse vencidas triunfan,  
 Hurtarte quise á los ojos  
 De mis gentes. Qué locura!  
 ¡Buscar medios, que embaracen,  
 Donde hay estrellas, que influyan!  
 Dígalo el ver, que aun guardada  
 En las entrañas incultas  
 Destos montes, has podido  
 Dar principio á las futuras  
 Ansias, que temí, poniendo  
 En campal ardiente lucha  
 Los héroes, que de mi imperio  
 Son las mas fuertes columnas.  
 Y pues infalible el hado,  
 Ni se estorba, ni se excusa,  
 Pues antes busca su efecto  
 Quien su impedimento busca,  
 Entre tu llanto y mi miedo  
 Partir pretendo la duda,  
 Y que ni libre ni presa  
 Quedes.

Iren. De qué suerte?

Rey. Escucha,  
 Y escuchad todos. Irene,  
 En cuya rara hermosura  
 La de nuestra Diosa Vénus  
 No quiere sufrir segunda,  
 No ha de volver á su patria,  
 Pues su persona asegura  
 La invasión destos estados,  
 Siendo á la contraria furia  
 De sus movimientos freno,  
 Y de su cerviz coyunda.  
 Quedarse como se estaba,  
 Viendo, que así no se excusan  
 Los riesgos, es miedo inútil.  
 Si aun guardada nos perturba,  
 Darla libertad, tampoco;  
 Pues será poner sin duda  
 En su libertad al hado.  
 Á todo lo cual se junta  
 Á muerte estar condenados  
 Los dos. Pues haya una industria,  
 Que disculpe mis crueldades,  
 Y que repare las suyas.  
 Esta ha de ser, que en mi estado  
 Tome estado, con que ajustan  
 Mis rezelos, que á su patria  
 Volverse no pueda nunca,  
 Siendo su alcaide su esposo;  
 Con que también se asegura,  
 Que su sucesión vasalla  
 La ley de mi imperio sufra.  
 Y puesto que este ha de ser  
 Uno de los dos, con cuya  
 Satisfacción el delito  
 De romper esta clausura  
 Queda también honestado,  
 Cada uno consigo arguya,



Que no adquirir y lograr  
Una hermosura, has de ser  
Quien la merezca: de modo,  
Que venga á perderlo todo  
Quien nada quiso perder. —  
De mi corte desterrado  
Al punto, Dante, saldrás,  
Sin mas honores, sin mas  
Hacienda ni mas estado,  
Que la vida. — Y para que  
Sea el dolor mas tirano,  
Dale tú á Irene la mano. [á Aurelio.  
Delante dél; que yo haré  
Ser tan dichoso con ella,  
Que desmienta mi favor  
El ceño de su rigor,  
Y el influjo de su estrella.  
Dale la mano.

Aur. Hoy verás,

Irene, que no temia  
Tu suerte, sino la mia.

Iren. Espera; que aun falta mas. —

Señor, aunque el hado impío [al Rey.  
Á tí me tiene rendida,  
Eres dueño de mi vida,  
Pero no de mi albedrío.  
Y cuando su dueño fueras,  
Que es lo que en ninguna accion  
Aun los Dioses no lo son,  
Obligarme no pudieras  
Á que le diera la mano  
Á quien, sabiendo que es mia,  
Lograrla no anteponia  
Al mayor favor humano.  
Á Dante no se la diera  
Tampoco, aunque lo mandarás;  
Porque cuantas luces claras  
Contiene del sol la esfera,  
No pudieran hacer, no,  
Habiendo (ay infeliz!) sido  
El que á tus pies me ha traído,  
Que no le aborrezca yo.  
Con que hoy á morir me ofrezco,  
Antes que darne al partido,  
Ni de uno que me ha ofendido,  
Ni de otro á quien aborrezco.  
Y asi de ninguno yo  
He de ser; que á tí rendida,  
Podrás quitarme la vida,  
Mas forzarme el alma, no.  
Pues cuando no baste estar  
Segunda vez sepultada,  
Me has de ver desesperada,  
Echar desa torre al mar.

Rey. Oye, aguarda! — Ven conmigo,

Aurelio; que hoy has de ser

Su esposo. — Y tú agradecer [á Dante.  
Puedes, que templo el castigo  
De tu ingratitud villana.  
Y así, sin puesto ni estado,  
De mi vista desterrado  
Parte al instante.

Aur. ¡Qué ufana

La fortuna me previene

Dichas, pues por justa ley

Gozo la gracia del Rey

Y la hermosura de Irene!

Amin. Dante!

Dant. ¡Solo hoy á mi vida

Faltaba, desesperada,

Tras desprecios de una amada,

Quejas de una aborrecida!

Amin. Bien pensarás, que quejosa

Me tiene tu libertad,

Dante; pues sea, ó no, verdad,  
No me he de vengar zelosa  
De tí, ni de tus desvelos;  
Que soy quien soy, para que  
Mi sentimiento se dé  
Al partido de los zelos.  
Sin la gracia del Rey vas  
De su corte desterrado,  
Sin dama, hacienda ni estado.  
No sé quien lo sienta mas.  
La dama no podré dalla,  
Que no es mia; mas podré  
Hacienda y estado, en fe  
De que tan noble se halla  
Mi voluntad, que ofendida  
Aun sabrá volver por sí.  
Espérame, Dante, aquí;  
Que para que de tu vida  
Repares la ruina, es bien  
Que yo (corrida lo digo)  
Parta mis joyas contigo.  
Llévete el cielo con bien,  
Y donde quiera que fueres,  
Sepa yo, Dante, de tí.

Dant. ¡Qué bien te vengas de mí!

Mas eres al fin quien eres,

Y no te puedes negar

La estimacion que te debes.

¡Que digan, que no hay alevos

Influjos para forzar

Un albedrío! Es quimera;

Porque ¿cómo puede ser,

Que quiera yo no querer,

Y que quiera, aunque no quiera,

Sin que aquel desden mitigue

Este amor, y sin poder

Que este me obligue á querer,

Ni aquel á olvidar me obligue?

Miente el astro, que ha influido

Tan varios efectos hoy,

Que me hace, entre amor y olvido,

Feliz é infeliz; pues soy

Amado y aborrecido.

[Vase.

## JORNADA II.

Salen LIDORO y MALANDRIN.

Mal. Será para mi señor

Vuestra salud linda nueva,

Segun quedó lastimado

De vuestra infeliz tragedia.

Y así, á que me dé en albricias

Algun vestido, que pueda

Suplir el que yo os he dado,

Á buscarle iré; pues cierta

Cosa será, que uno y otro

Me lo estime y agradezca.

Pues no dudo, que, á no estar

Obligado á la asistencia

Del Rey, que, como ya os dije,

Anda á caza, él mismo fuera

Quien os trajera en sus brazos.

Lid. Su vida el cielo y la vuestra

Guarde, para que la mia

En igual fortuna pueda

Desempeñar generosa

La obligacion y la deuda.

Mal. Cómo igual fortuna? Eso

Es lo mismo que se cuenta

De un hombre, que estaba malo;

Y viendo la gran fineza,  
Con que le asistia un amigo,  
Le dijo en voz lastimera:  
Plegue á Dios, que me veais  
Sano, amigo, y que yo os vea  
Morir á vos, para que  
Conozcais de mi asistencia  
Lo agradecido que estoy  
Á la mucha piedad vuestra.  
Vos así.....

Lid. No la malicia

Apliqueis; que bien se deja

Ver adonde va á parar.

Y aunque es fácil la respuesta,

Con que no solo en los mares

Corren los hombres tormenta,

No la he de dar; mas supuesto

Que vais á buscarle, es fuerza

Acompañaros, porque

Mi vida á sus pies ofrezca.

Mal. Pues venid conmigo.

Lid. En tanto

Que damos con él, quisiera

Que me dijerais, quien es,

Para que advertido sepa

La estimacion con que debo

Llegar á hablarle.

Mal. Bien se echa

De ver, que sois extrangero,

Pues no os han dicho las señas

De su casa y su familia,

Que es..... [Dentro voces y ruido.

Unos. Qué desdicha!

Otros. Qué pena!

Dentro AMINTA.

Amin. ¡Socorro, cielos, piedad!

Lid. ¿Qué ruido y qué voz es esta?

Mal. Un caballo, que del monte

Desbocado se despeña

Con una muger.

Lid. ¿Qué aguarda

El valor, que en mí se engendra,

Que no socorre su vida?

Pues basta que muger sea,

Para que la suya un hombre

Aventure en su defensa.

Mal. ¡Qué veloz el extrangero

Por lo intrincado atraviesa

Del bosque, para salirle

Al paso! ¡Qué airoso llega,

Y poniéndose delante

Con la espada, pasar deja

Al bruto á distancia, que,

Cortándole entrambas piernas,

Convierte en fácil caída

Su desbocada violencia!

Famosa suerte! El caballo

Le den, pues le desjarreta.

Ya en sus brazos la recibe.

O qué accion! ¡Que no supiera

Yo que hacerla, no tenia

Mas dificultad que hacerla!

Sale LIDORO con AMINTA en los brazos.

Lid. Perdonad, divino asombro,

Que á vuestra deidad me atreva;

Que no se aja en el peligro

El respeto, ni se cuenta

En número de dichoso

El que es dichoso por fuerza;

Y alentad; que ya segura

Estais.

Amin. Á tanta fineza

Deudora soy de la vida.  
Lid. Si errar vuestra voz pudiera,  
Vuestra voz, señora, errara  
En reconocer la deuda,  
Que no sois vos quien la debe.

Amin. Pues quién?

Lid. Toda la luz bella

Del sol, que, sin vos, estaba

Ya en vuestro desmayo muerta;

Y mal pudiera yo.....

Salen el REY, NISE, FLORA y criados.

Rey. Aminta,

Mil veces en hora buena

Te hallen mi vista y mis brazos

Con la vida que desean.

Amin. Para que á tus pies, señor,

Una y mil veces la ofrezca.

Rey. Retírate á aquea torre;

Que, aunque es prision de una fiera,

El acaso nunca elige.

Amin. No hay para qué; yo estoy buena.

Nise. Á todas nos da, señora,

Tu mano á besar.

Flor. Y sea

Tan dichosa la desdicha,

Que, quebrando el ceño en ella

De la fortuna, se quede

En el amago suspensa.

Amin. Dios os guarde; que á no ser

Por el brio ó la destreza

Dese jóven, que atajó

Del caballo la soberbia,

Á mas pasara el peligro.

Mal. Guarde Dios á vuestra Alteza,

Por las honras que me hace.

Rey. Fuisteis vos?

Mal. No; mas pudiera

Haber sido. Y por sí ó no

Es justo que lo agradezca.

Fuera de que si a priori

El argumento se empieza,

Yo fui quien la dió la vida.

Rey. Cómo?

Mal. Como llevé á cuestras

Á quien á ella se la dió,

Despues que de la tormenta

Mi amo le entregó en mis brazos.

Y es precisa consecuencia,

Que él no diera vida á Aminta,

Si yo á él no se la diera.

Y así, si ella por él vive,

Por mí viven él y ella.

Rey. ¿Vos derrotado del mar

Salisteis á aquestas selvas?

Lid. Sí, señor; que no hay desdicha,

Que para dicha no venga.

Rey. ¿De dónde era aquella nave?

Lid. Desmentir de donde es fuerza. — [aparte.  
De Avido, que á Alejandria

De Egipto pasaba, llena

De riquezas y esperanzas.

¿Mas quién á agua y viento entrega

Á menos costa, señor,

Esperanzas y riquezas?

Pues, de la náutica hablando,

Dijo un cuerdo, que no era

Maravilla, que los hombres

En el mar hallasen senda,

Sino que osasen hallarla,

Para no mas que perderla.

Rey. ¿Y qué érades de la nave,

Mercader ó patron della?

Lid. Ni uno ni otro; que lo mas